

La literatura escrita por mujeres y la tradición de los críticos chilenos*

IVETTE MALVERDE DISSELKOEN**

En Chile existe una tradición crítica, la que instauraron ilustres varones como, por ejemplo, A. Bello, Z. Rodríguez, Pedro Nolasco Cruz, E. Vaisse, A. Donoso, D. Melfi, Alone, R. Silva Castro, L. Sánchez Latorre y tantos otros. Ellos han colaborado afanosamente en constituir una tradición literaria chilena, de escritores chilenos más bien, pues se olvidaron de las escritoras. Al revisar los artículos de algunos de los principales críticos podemos llegar a pensar que en Chile prácticamente no ha habido escritoras, salvo Gabriela Mistral, Marta Brunet y María Luisa Bombal, que siempre figuran; la presencia de otras mujeres es excepcional.

También es cierto que casi no hay una tradición de críticas, salvo, tal vez, si pensamos en la crítica ejercida por las propias escritoras, M. Brunet, G. Mistral, A. Labarca, Roxane, M.C. Geel, quienes se preocuparon por los escritos de sus congéneres¹. Constatamos una vez más la exclusión de las mujeres, esta vez del campo de la crítica, tanto de ser objeto de ella como de ejercerla.

* Este trabajo fue leído en la Universidad de Concepción durante un Encuentro Nacional de Críticos.

** IVETTE MALVERDE DISSELKOEN: Profesora de Literatura y Teoría Literaria. Universidad de Concepción.

¹Decimos que casi no hay porque salvo las que mencionamos en los primeros 50 años de este siglo no las hay. La situación cambió a partir de 1968 con el comienzo de la participación de Adriana Valdés. En los años 80 se incorporan, desde Chile, por ejemplo, Nelly Richard, Eugenia Brito, Raquel Olea.

Puesto que han sido los varones quienes la han ejercido mayoritariamente, será en ellos en quienes me centraré para mis reflexiones.

Entiendo por crítica literaria aquella actividad que, tal como lo plantea Dámaso Alonso, recrea el placer de la lectura de un texto literario y que, además, valora ese texto orientando a otros potenciales lectores en su elección. Reconozco plenamente el derecho de los críticos a ser parciales, pero los lectores no debemos olvidar esa parcialidad, pues muchas veces ha contribuido a velar los textos comentados, esto ocurre sobre todo si la crítica se plantea como autorizada y es percibida también autoritariamente por los lectores.

Mi propósito hoy día es hacer visible el patriarcalismo de las lecturas de los críticos de la primera mitad de este siglo. Así como desde los estudios literarios feministas leemos con sospecha a las escritoras,² así también debemos leer de esa misma manera los artículos de los críticos sobre las escritoras. Estos artículos han suscitado mi curiosidad intelectual, en primer lugar me han llevado a buscar cada vez más afanosamente a las escritoras que ellos no mencionan y también me han llevado a hacerme preguntas como ¿qué feminidad subyace a los escritos de María Flora Yáñez, María Luisa Bombal, Gabriela Mistral?; ¿son, como dicen la mayoría de los críticos, tan rechazables y morbosos algunos escritos de mujeres, como por ejemplo, *Desolación*, *María Nadie* o *La brecha*?; ¿las mujeres, mayoritariamente, han escrito casi siempre “intentos fallidos”?

Es discutible el criterio de ejemplaridad con que los críticos implícitamente caracterizan a las pocas escritoras que siempre comentan (Mistral, Brunet y Bombal). Tal como lo ha señalado Julieta Kirkwood, para nuestra historia de mujeres “las expresiones personales o geniales de presencia femenina pública, como “ejemplaridades”, no nos hablan de esa nuestra historia oculta”³. Mayoritariamente se trata de ejemplaridades planteadas como tales desde un punto de vista patriarcal, en esas escritoras sólo se lee y, por lo tanto, sólo se destaca su aparente asunción de las convenciones. Por otra parte, como lo señala también Julieta, “la ejemplaridad no representa

²Sigrid Weigel llama “mirada bizca” a esta lectura sospechosa de los escritos de mujeres, remitimos a S. Weigel, “La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres”, en Gisela Ecker y otras, *Estética feminista*. (Barcelona: Icaria, 1986) 69-98.

³Julieta Kirkwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos* (Santiago, FLACSO, 1986) p. 34.

ni sustituye a los procesos sociales”, por este motivo, si queremos conocer la literatura producida por mujeres debemos comenzar por identificar, estudiar y revalorar a las escritoras que han quedado olvidadas muchas veces sólo por encontrarse situadas entre aquéllas que la tradición establecida, patriarcal, ha seleccionado como “ejemplares”. Para conocerlas hay que romper habitualmente con los juicios que la tradición crítica ha elaborado y también hay que romper los densos velos que los críticos tendieron sobre los escritos de aquellas otras mujeres que no consideraron ejemplares.

Podemos reconocer varias modalidades que ocasionaron el velamiento de las escritoras. Se las excluyó al no mencionarlas, se las disminuyó al referirse superficialmente a ellas para luego centrarse en torno a los escritores. Tal ocurre, por ejemplo, en el *Panorama de la novela chilena (1843-1953)* de Raúl Silva Castro, quien titula el capítulo XIII de su libro: “María Flora Yáñez y sus novelas de la vida espiritual”; claro que de las 7 páginas del artículo sólo 3 hacen honor al título, las otras están dedicadas a escritores: Alone, Meléndez de la Vega, Elías Arze, Sady Zañartu y Armando Mook. Otra forma de velarlas, la más importante para mí en este momento, ha sido leerlas inadecuadamente. De esto, hay que decirlo también, no son plenamente responsables los críticos, sino también los patrones culturales patriarcales que los rigieron.

Todo lo que escapa a esas convenciones es visto con sorpresa, preocupación y también rechazo, pues, como bien dice Alone, “no era costumbre que la señoras de la sociedad escribieran y publicaran... se consideraba de mal tono verlas con la pluma en la mano: la pluma se usaba en el sombrero”⁴. El mismo Alone, refiriéndose a Mercedes Marín, la califica como “digna figura, sin nada de ‘mujer de letras’, quedó en la tradición intelectual chilena como un ejemplo discreto de superioridad bien llevada”⁵. ¿Qué significa que no tenga “nada de ‘mujer de letras’”, si antes la calificó de “mujer cultísima”? ¿Qué entendía Alone por “mujer de letras”? ¿qué tenía de malo ser “mujer de letras”? ¿Qué significa ser “ejemplo discreto de superioridad bien llevada”? ¿valora tal vez positivamente el crítico que ella no haya hecho gala

⁴Alone, *Historia personal de la literatura chilena. Desde don Alonso de Ercilla hasta Pablo Neruda*. (Santiago, Zig-Zag, 1954) p. 204.

⁵Alone, *Historia...* p. 204.

de su superioridad intelectual?, ¿ante quién?, ¿ante los escritores tal vez? ¿Quiere decir esto que Alone valora especialmente que haya sabido mantenerse en un segundo plano, es decir, haber conservado el lugar que la sociedad patriarcal considera como propio de una dama?, ¿qué haya, a lo mejor, privilegiado sus deberes de esposa y madre por encima de su oficio de escritora?

Creemos que estos hechos son significativos porque todas las escritoras del siglo pasado y de la primera mitad de éste tuvieron serios conflictos consigo mismas porque sus inteligencias las impulsaban a desconocer ese lugar, pero, al mismo tiempo, se daban cuenta que hacerlo era ponerse “estridentes”, excéntricas, “locas” ante los críticos, la sociedad y, desgraciadamente, también a veces ante sí mismas⁶.

Los críticos de esa época no se dieron cuenta que la espiritualidad superior que ellos tanto apreciaron en los textos de las escritoras, superioridad religiosa, filosófica, moral, etc., es utilizada por éstas a fines del siglo pasado y principios del actual, como instrumento para intentar imponer una supuesta superioridad de lo femenino-espiritual por encima de lo masculino-racionalista, es decir, es una táctica para mostrar la superioridad de las mujeres frente a los varones⁷.

En este mismo sentido podemos señalar también que en su artículo ya citado sobre María Flora Yáñez, Raúl Silva Castro valora altamente la sutileza psicológica de las novelas de la autora, especialmente en lo que se refiere a mujeres, pero no advierte que ese “discurso femenino” da cuenta de la desmedrada situación de la mujer en la sociedad patriarcal.

Vale decir, si bien ese discurso asume las convenciones al hacerse cargo de las formas de discurso que la tradición le ha atribuido a las mujeres, lo hace para transgredir esas convenciones y denunciar la soledad, el vacío, la depresión y el ensueño evasor de que son víctimas las mujeres conscientes de sí mismas en el patriarcado. Más o menos lo mismo sucedió con la valoración de las novelas de María Luisa Bombal.

Definitivamente, aquellas escritoras que buscaron subvertir el imagina-

⁶ Remítimos también a lo que señala Delfina Muschietti en “Mujeres que escriben: aquel reino anhelado, el reino del amor”, *Nuevo Texto Crítico* 4, 1989.

⁷ Esto ocurre dentro de la visión que considera “lo masculino” y “lo femenino” como principios esencialmente irreductibles.

rio literario (y social) patriarcal fueron duramente castigadas por los críticos. Tal sucede con Delia Rojas, Marta Brunet y Mercedes Valdivieso, por ejemplo.

Delia Rojas, Delie Rouge, abiertamente feminista, declara en el Prefacio a *Los fracasados* valerse de la forma novela para hacer aceptables las ideas que de por sí solas son muy áridas. “Escribo para las mujeres de mi país: un libro didáctico es leído por muy pocas, una novela, por muchas”. A propósito de *Mis observaciones* de Delie Rouge, Pedro Sánchez dice en 1915 en *La Unión*:

“Lo que en seguida me sorprendió desagradablemente fue que el autor de este despropósito no era hombre sino una mujer, ¡una mujer librepensadora! Dispénsenme las hijas de Eva, pero una mujer así se me figura que ha desertado de su sexo, que ha perdido la esencia femenina, la dulzura, el candor, la virtud. No puedo concebir una mujer radical, volteriana, comefrailes y destripasantos. Cierto que anda por el mundo un ejemplar de esa especie, pero no se lo deseo como esposa a mi peor enemigo”.

Tal observación revela por parte del crítico un concepto patriarcal mitificador sobre la mujer, mixtificador más bien. Pedro Sánchez desplaza el interés y la valoración de los escritos de Delia Rojas a la valoración de la posible personalidad de la autora. Cabe preguntarse, ¿por qué es tan nociva para la sociedad una “mujer radical, volteriana, comefrailes y destripasantos”? ¿no sería acaso tan nocivo para la sociedad un hombre con esas características? ¿Pedro Sánchez vería como nocivo en un varón escritor “la dulzura, el candor y la virtud”? Si esta mujer no es digna de llamarse esposa de su peor enemigo, ¿acaso no sería un varón con esas características también indigno de ser esposo de su peor enemiga? Peyorativamente se refiere a Delia como “ejemplar de esa especie” y plantea que ser esposa de alguien es un premio, incluso ser la esposa de un enemigo del hablante.

Se alaba a Marta Brunet cuando escribe según las convenciones, pero se la fustiga duramente cuando denuncia en sus novelas la desmedrada situación de las mujeres. Así, por ejemplo, Raúl Silva Castro en su “Retrato de Marta Brunet” da por establecido que el calificativo de bestia dañina del relato *Bestia dañina* se aplica sólo a la joven esposa, no sería aplicable, por lo tanto, al marido rígido e intransigente, en circunstancias que esta

denominación se torna ambigua en el texto⁸. Homero Castillo critica severamente a la escritora por *María Nadie*. Al reseñar la novela dice que en ella:

“...toda suerte de alusiones desvergonzadas a ciertos actos que por pudor los humanos realizan en la intimidad más completa afloran en esta novela con frecuencia y minuciosidad que llegan al límite de la majadería”⁹.

Acaba señalando que especialmente recomendable sería

“...un grado mucho más alto de delicadeza expresiva, más a tono con el buen gusto y la deferencia que se le debe a los lectores cultos. Lo de Marta Brunet constituye un manchón, casi imperdonable, que resta brillo al buen nombre de la escritora que estaba procurando consagrarse”.

De la misma manera en 1961 la aparición de *La brecha* de Mercedes Valdivieso provocó escándalo, *El Diario Ilustrado* tituló un artículo sobre ella “Proceso a la morbosidad”:

“La venta de libros no disminuye, aumenta. Y las escriben, hecho sugerente, mujeres, mujeres que antes no habían hecho aparición alguna en el mundo literario, que mantenían discreto y dibujado silencio. Pero que ahora emergen para contar dramas conyugales, para hablar de brechas y liberación de culpabilidades secretas y secretos de alcoba”.

Tal como antes se valoraba el discreto talento de Mercedes Marín, ahora se acusa a Mercedes Valdivieso de haberse salido de su lugar, al igual que Delia Rojas y Marta Brunet. Se sigue confundiendo narración ficticia con diario íntimo de la autora.

Fernando Alegría en el prólogo a la novela, si bien con inteligencia la valora positivamente, no puede dejar de hacer observaciones patriarcales. Es cierto que alaba el oficio de escritora de Mercedes Valdivieso, pero no puede

⁸Raúl Silva Castro, “Marta Brunet”, en Silva Castro *Retratos literarios* (Santiago, Edic. Ercilla, 1932) pp. 192-3.

⁹Homero Castillo, “Marta Brunet, *María Nadie*”, *Revista Iberoamericana* 45, enero-junio 1958.

evitar hacer comentarios sobre supuestas actitudes mentales de la autora y sobre su aspecto físico:

“¿Quién es Mercedes Valdivieso?... Aparece de pronto, silenciosa, suavemente insegura, interrogando un poco con la luz ávida y sabia de sus ojos verdes, y entrega un sencillo testimonio de vida, vida intensa, apasionada, libre”¹⁰.

¿Son pertinentes estos comentarios?, ¿no avalan a Valdivieso suficientemente sus talentos literarios, que el mismo Alegría le reconoce? ¿Acaso en la novela quedan de manifiesto inseguridad y timidez? ¿Habría dicho lo mismo Alegría si en lugar de ser la autora Mercedes Valdivieso hubiera sido, por ejemplo, Mario Valdivieso el autor?

Creo que la pregunta que se hace Alone en 1918 en relación con Iris sigue siendo válida para todos los críticos de la primera parte de este siglo. Dice Alone:

“Con frecuencia leyendo a Iris nos había ocurrido preguntarnos en resumen, ¿qué significa esta señora?”¹¹.

Los críticos no se dieron cuenta de lo que estas “señoras” estaban significando con sus escritos literarios, para ello habría sido necesario dejar de leerlas patriarcalmente como “señoras” y haberlas leído simplemente como escritoras.

Mi proposición con respecto a la crítica tradicional sobre la escritura de las mujeres es: valorémosla en cuanto nos habla de algunas escritoras; en cuanto pone de manifiesto las lecturas posibles de su época; riarnos con ella al advertir sus desaciertos y, sobre todo, valorémosla en cuanto despierta nuestra curiosidad intelectual, nuestro afán inquisitivo.

¹⁰Fernando Alegría, “Prólogo”, en Mercedes Valdivieso, *La brecha* (Santiago, Zig-Zag, 1961) pp. 9-10.

¹¹Alone, suplemento *Ilustrado*, *El Mercurio*, 18 de agosto de 1918.